

LOS AMORES DE LOS DIOS

ECO Y NARCISO

Los griegos creían firmemente en el poder de los adivinos para anticipar el futuro. El lugar en el que se efectuaban las profecías se llamaba oráculo. A uno de ellos, se dirigió la azulada ninfa Liriope para conocer el destino que le aguardaba a su niño recién nacido, Narciso.

—Vivirá hasta muy viejo, siempre y cuando no se conozca a sí mismo— vaticinó el oráculo.

En realidad, las predicciones siempre se formulaban de manera tan oscura que, generalmente, nadie las comprendía hasta el momento en que se cumplían.

Narciso creció y se convirtió en un hermosísimo joven. Su cuerpo vigoroso, sus mejillas rozagantes, su delicada piel llamaron la atención de muchas jóvenes, que le manifestaron su amor. Pero Narciso no escuchó a ninguna. Sentía un profundo desprecio por todas ellas y las hacía objeto de crueles burlas.

Un día, mientras cazaba por el bosque, oyó los pasos de alguien que lo seguía. Se trataba de la ninfa Eco, quien, al verlo, se había sentido cautivada por la belleza del joven cazador.

Eco había sido una ninfa parlanchina que entretendía a todos con su conversación. Pero cierta vez en que Zeus se encontraba divirtiéndose en una reunión con las Ninfas, se presentó de improviso Hera, su celosísima esposa. Antes de que la diosa pudiera reaccionar, Eco se puso delante de ella y habló y habló y habló hasta marearla, para posibilitar la huida de sus compañeras. Cuando la diosa comprendió el engaño, la maldijo:

—Eco, ya no volverás a hablar la primera. Desde hoy estarás condenada a repetir lo que otros digan.

OSIRIS

Osiris fue un rey bienhechor, que reveló a los egipcios el cultivo del trigo, de la cebada y de la vid, y los arrancó de la antropofagia (ingerir carne humana), dándoles como alimento el pan, y como bebida el vino y la cerveza.

Más tarde recorrió la tierra para civilizarla... a su retorno cayó en una trampa que le tendió su hermano, el maléfico Seth. Seth logró, con engaños, que Osiris se metiera en un ataúd, que fue cerrado sobre él y arrojado al Nilo. El ataúd derivó al mar, y las olas lo arrastraron a Biblos, depositándolo al pie de un tamarisco que creció prodigiosamente hasta ocultarlo en su interior. Allí lo fue a buscar su esposa Isis y traído a Egipto el ataúd fue descubierto por Seth, quien despedazó el cuerpo de Osiris y dispersó los miembros cortados por las distintas provincias egipcias. Isis se puso a buscarlos y en el lugar en que los encontraba levantaba una tumba. Mientras tanto, Horus, hijo póstumo de Osiris, fue criado secretamente por Isis, en los pantanos de Khemmis, para vengar a su padre. Horus, tras rudos combates, logró arrancar de manos de Seth la herencia de su padre y Osiris revivió triunfalmente en su hijo.

Al mismo tiempo, Isis, con ayuda de Anubis, reconstituyó a su esposo en un cuerpo eterno, inmortal, reanimado para siempre por el poder de su magia.

Los dioses reunidos en tribunal para juzgar los conflictos de los dos hermanos, declararon a Seth vencido y proclamaron la inmortalidad de Osiris.

¿Vieron cómo cada pueblo tiene una forma de explicar el origen de las cosas?

Y así fue como la pobre ninfa ya no pudo iniciar conversación alguna. Por esta causa, segula por el bosque a Narciso sin poder hablarle del amor que había despertado en ella.

Narciso preguntó intrigado:

—¿Hay alguien aquí?

—¡Aquí! —respondió Eco con alegría.

—No te escondas. Acércate...

—¡Acércate!

—Quiero que estemos juntos —continuó Narciso.

—¡Estemos juntos! —repitió Eco, y salió de entre el follaje con los brazos extendidos para abrazarlo.

Sin embargo, apenas la vio, el soberbio joven retrocedió y se burló sin piedad:

—¡Prefiero morirte a besarte!

—¡Besarte! ¡Besarte! —rogaba Eco, pero Narciso ya se había marchado.

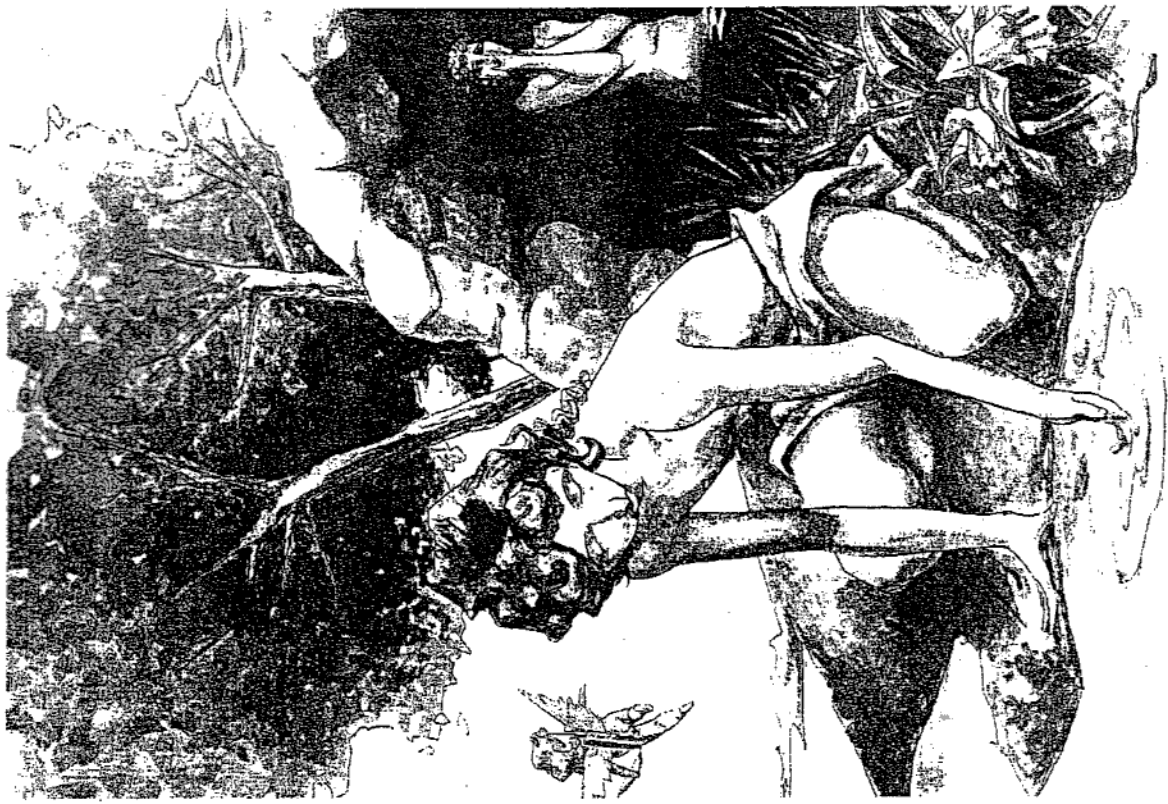
La despreciada ninfa se retiró a vivir sola en las cuevas de las montañas. Dejó de comer y de beber, consumida por la tristeza. Su cuerpo finalmente desapareció y, de ella, sólo quedó su voz, que sigue repitiendo cuanto le dicen.

Por su parte, Narciso continuó desdénando a todas las jóvenes que sucumbían de amor por él. Hubo una que, enfurecida por el trato que había recibido, invocó a Némesis, la diosa de la venganza. Y la diosa lo escuchó.

Había en el bosque una fuente escondida de aguas tranquilas y transparentes, donde no caían las hojas de los árboles ni se acercaban a beber los animales. Hacia ella guió Némesis a Narciso, un día que cazaba en las cercanías.

El joven se sintió agotado y se recostó junto a la fuente, cautivado por la tranquilidad del lugar. Quiso saciar su sed en las aguas cristalinas y, al inclinarse, vio reflejada en ellas su propia imagen. Creyendo que se trataba del espíritu de la fuente, en ese mismo instante, se enamoró de la belleza que contemplaba.

¡Cuántas veces acercó sus labios al agua intentando besar la imagen! Pero, una y otra vez, esta se desvanecía en ondas concéntricas, y lo mismo ocurría cuando intentaba abrazarla. Pasaron días y días, y el amor lo



retenía junto a la fuente. Sus rosadas mejillas se volvieron amarillentas, su cuerpo fue perdiendo el vigor.

—¡Sal del agua! —suspiraba Narciso—. No te comprendo. Me sonríes cuando te sonríe. Contestas a mis palabras con otras que no puedo oír. Correspondes a mis abrazos, pero no puedo tocarle... Abandónala la fuente para que podamos estar juntos.

Así languidecía junto al agua que le servía de espejo. Finalmente, aunque ya muy tarde, comprendió lo que ocurría.

—¡Es que soy yo! Es mi imagen la que veo en las aguas. ¡Amo un imposible! ¿Cómo voy a apartarme de mi propio cuerpo para que mi amor sea posible? Y tampoco puedo curar este dolor que me quita la vida.

Era tan penoso su estado que hasta la ninfa Eco, quien tanto había sufrido por él, se condolió y contestaba presta a sus quejas. "¡Ay!", se lamentaba Narciso. "¡Ay! ¡Ay!", repetía Eco, acompañándolo en su triste final.

Al tiempo, murió el joven que a tantas mujeres había hecho sufrir.

Su madre, quien ahora comprendía cuánta verdad encerraban las oscuras palabras del oráculo, y sus hermanas las Ninfas fueron a buscar su cuerpo, pero no pudieron hallarlo. En cambio, en el lugar donde había yacido el joven junto a la fuente, había brotado una bella y delicada flor amarilla, a la que llamaron narciso.



Este mito, al igual que los que integran esta sección, figura en las Metamorfosis de Ovidio.

DAFNE Y APOLO

Los dioses de la antigua Grecia eran muy orgullosos y gustaban de los desafíos. Cierta vez, estaba Apolo disparando sus divinas flechas contra una gran serpiente venenosa. Aunque varios de sus tiros erraron el blanco, pues el ofidio se movía velozmente, finalmente le dio muerte. Cuando se acercó a su presa, descubrió entre el follaje un resplandor dorado: era Eros, el dios del amor. Eros, hijo de Afrodita, es un niño con alas de oro que atraviesa con sus flechas el corazón de los hombres y de los dioses para inspirarles el amor. Al ver las flechas de Apolo, se había acercado curioso y, habiendo tomado una, jugaba con ella simulando dispararla con su pequeño arco. Molesto, el dios Apolo lo increpó:

—¡Deja esa flecha, Eros! Es un arma demasiado poderosa para que la utilice un niño. Con ella, he dado muerte a esta temible serpiente. No pretendas robarme la gloria de esta victoria, porque es mucho más de lo que puedes hacer con tus dardos.

—No te jactes, hijo de Zeus. Pues si tus flechas pueden atravesar a los animales, las mías se clavan por igual en el corazón de los hombres y en el de los inmortales dioses. Si quisiera, yo podría hacerte sufrir...

Las careajadas de Apolo lo interrumpieron.

—Difícil será comprobar ese poder, pequeño Eros —lo desafió y se alejó riéndose.

Molesto por la burla, el niño juró vengarse. Ya pagaría Apolo muy caras sus risotadas.

Entre los muchos dardos que tenía Eros, había dos que se oponían radicalmente. Uno tenía una aguda punta de oro que despertaba la pasión

en quien lo recibiera; el otro, en cambio, tenía una punta roma de plomo y provocaba un profundo rechazo hacia el amor. Disparar el primer dardo era sencillo, pero el segundo, por su punta roma y por su peso, requería muy buena puntería. «¿A quién elegiré para no errar el disparo?», se preguntaba el dios de alas doradas. De pronto, sonrió: en un claro del bosque vio a Dafne, la hija de Peneo, el dios del río, a la que conocía muy bien. Había encontrado lo que buscaba.

Dafne era una bellísima ninfa que adoraba a Artemisa, diosa protectora de la caza. Como ella, Dafne pretendía llevar una existencia solitaria, en contacto con la naturaleza.

—Hija querida, ya tienes edad para contraer matrimonio —le reprochaba a menudo su padre—, y sin embargo rechazas a todos los jóvenes que se te acercan. ¿Cómo podré yo tener un nieto si no accedes a las pretensiones de alguno de ellos?

Dafne siempre le respondía de igual modo:

—Si Zeus, padre de Artemisa, le permitió permanecer soltera, entonces puedes hacer lo mismo conmigo, porque no tengo intenciones de tener marido alguno.

El padre, quien la amaba mucho, sonreía, pero le replicaba:

—Eres una muchacha extremadamente bella. Tanta es tu hermosura que te será muy difícil cumplir con tus deseos, porque siempre habrá alguien que se sienta atraído hacia ti.

—¡Ay, padre mío, prométeme que me ayudarás a cumplir el destino que he elegido!

Peneo accedía condescendiente, pues pensaba que la joven ninfa cambiaría de opinión con el tiempo.

Conociendo las preferencias de Dafne, Eros tensó en el arco la flecha de plomiza punta roma. Sabía que no fallaría el tiro, como en efecto sucedió. Hizo blanco en el centro de su corazón e, instantáneamente, la ninfa sintió que surgían en ella más poderosas las ansias de soledad, y aborreció el amor con todas sus fuerzas.

Eros sonrió, pero enseguida preparó de nuevo su arco, porque sintió los pasos de Apolo, que se acercaba. La flecha dorada y aguda se clavó en el pecho del desprevenido dios. En ese mismo instante, sus ojos descubrieron

a Dafne. Se sintió deslumbrado por su belleza; su corazón palpitaba alocadamente, y entrojecieron sus mejillas. Toda su sangre se inflamó de pasión por ella, y se le acercó presuroso para declararle su amor.

—Dafne, tu hermosura... —murmuró Apolo.

No hizo falta que completara su pensamiento, porque sólo con verlo la ninfa comprendió lo que había en su corazón, pues lo gritaban sus ojos. Y huyó despavorida.

Apolo se sintió desconcertado, pero reaccionó de inmediato y la siguió.

—Bella ninfa —imploraba el dios—, detente. No soy tu enemigo.

Quiero acercarme a ti para ofrecerte mi corazón.

Dafne tropezaba, caía y se levantaba velozmente para continuar su huida. El ardiente enamorado veía con desesperación cómo los brazos y los pies de su amada sangraban, lastimados por ramas y raíces.

—¡Por favor, detente! ¡Por favor! —imploraba—. Tal vez me evitas porque no me has reconocido. Soy Apolo, hijo de Zeus. El famoso oráculo de Delfos me pertenece, pues soy el dios de las profecías. Domino las artes, como la música y la poesía y, por eso, soy el protector de los artistas. He enseñado a los hombres el arte de la medicina...

Pero su poder y sus grandezas no impresionaban a Dafne, ya que no se detenia. Su cabello despeinado por el viento de la carrera acrecentaba su hermosura.

Sin embargo, Dafne ya se siente desfallecer; percibe que ha llegado al límite de sus fuerzas. Está desesperada y las lágrimas cubren sus ojos puros. Pronto se detiene, porque no puede dar ni un paso más. Cree estar perdida, pero en ese momento un recuerdo alivia su corazón apesadumbrado. ¡La promesa!

—¡Ayúdame, padre! Te lo suplico —gime la joven—. Ahora reconozco cuánta razón tenías. Utiliza tu poder para cambiar la figura de esta desdichada hija tuya, pues es la que despierta el amor de mi perseguidor. Mi belleza me condena... ¡Hazla desaparecer, y seré libre!

No necesitó decir nada más. Sus pies heridos por la carrera se aferraron firmemente al suelo y, de ellos, brotaron raíces que se hundieron en la tierra. Su cuerpo comenzó a cubrirse de una fina corteza, mientras que sus brazos se convertían en ramas. Los cabellos largos y desordenados se

transformaron en hojas ante los ojos atónitos de Apolo, quien observaba con desesperación la metamorfosis que estaba sufriendo su amada.

Llora desconsolado el dios, abrazando el nuevo árbol al que bautizó con el nombre de la joven ninfa, Dafne, que en griego, desde entonces, menciona al laurel. El bosque escuchó silencioso la queja del sufriente hijo de Zeus:

—¡Ay de mí! ¡Qué mal hice en burlarme de Eros! Ahora conozco el enorme poder del amor. Es tan grande que, aunque sea el dios de la Medicina, no existe remedio capaz de curar el dolor que atraviesa mi corazón. Ya no podré conquistar a Dafne, pero no me apartaré de ella. Desde hoy, las hojas del laurel adornarán mi cabellera. Del mismo modo, lucirán en la cabeza de los poetas y los músicos consagrados, y en la de los generales triunfantes, como símbolo de la gloria impercedera.

